

Venezuela abandonada

Hugo Herrera,
Prof. Titular Derecho UDP



Son casi ocho millones de exiliados. Ayer, con mi familia, conversamos con uno. Un joven de treinta. De la frontera con Colombia. Tuvo que irse a los 18. No había podido regresar. Eran las 6:20 de la tarde, pero pronosticó. Derrota. "Mientras tengan a los militares de su lado, no hay salida". Nos contó que ya habían bajado internet, cortado luces en algunas localidades.

Sorprende una oposición tan vociferante como ineficaz. De 1999 a 2024 con Chávez y Maduro va un cuarto de siglo. O las dificultades que pueden generar fuerzas armadas funcionales a la izquierda. Cuando eso ocurre, en general, los regímenes se perpetúan hasta su simple desplome. Es una enseñanza importante si queremos mantener la democracia: el PC lejos de los cuarteles. Llegan ahí y son como en Recoleta o Santiago: cuesta muchísimo sacarlos después (y que no se diga que esto es "anticomunismo", es una constatación).

El venezolano con el que hablamos

nos contó su triste historia. De pocas palabras, tenía claro lo que iba a ocurrir. Mientras hablaba se emocionó y asomó de pronto el gesto de un niño, ese que tuvo que abandonar su tierra con apenas 18. Y para instalarse en un país donde ganarse la vida para un inmigrante sin estudios universitarios requiere muchísimo esfuerzo.

Apena Venezuela. Apenan los venezolanos. Bastaba un "¡Vamos Venezuela!" y se entusiasman amigables en las calles. Son cientos de miles. Pero sólo podía votar un par de miles. Eran decenas de organizaciones internacionales imparciales, países democráticos que querían contribuir enviando observadores. El régimen de Maduro les negó simplemente la entrada. Ni Pinochet se atrevió a tanto. En el Chile del 88 las calles estaban llenas apenas comenzaron los recuentos de votos, en las mesas se los vociferaba con alegría.

La oposición no estaba sola. Había observadores de todo el mundo, prensa internacional. Los locales eran custodiados por las FF. AA. y las calles por la

policía, pero no se temían usos masivos de fuerza. Temprano en la tarde, el principal líder de la derecha política, Jarpa, reconoció la derrota. Cuando en la noche algunos más duros quisieron pasarse de listos, el general Matthei, miembro de la junta y comandante en jefe de la Fuerza Aérea, dio por desconta-

tada también la derrota. Demoró más de la cuenta el reconocimiento. No es fácil abandonar el poder tras 16 años y tanto. Pero el optimismo no tuvo que ceder y las fuerzas

de una oposición poderosa y unida, bien organizada, terminaron prevaleciendo.

No era triste ver a los chilenos esa tarde de octubre. Probablemente tampoco haya sido triste verlos en el extranjero. No lo sé. Probablemente había más esperanzas. Más apoyo. Lo de ayer, en cambio, daba mala espina. Como la pena ahogada del venezolano con el que hablamos. Como el silencio de una niña que partía el alma sentada en un paradero, vestida con los colores de la patria que no ha podido pisar.

"Lo de ayer daba mala espina. Como la pena ahogada del venezolano con el que hablamos".